

LA MODERNA LITERATURA IRLANDESA: JAMES JOYCE

Vicente Risco

La Irlanda produjo —y quizás sólo Irlanda podría producirlo— este caso que podríamos decir único en nuestro tiempo. De este hombre, de este escritor de quien todos hablan y que, tal vez, nadie leyó, si es que uno puede pensar —si es tal como nos lo describen— que tiene un pacto con el Demonio. Este sí que está endiablado, y no Carducci o Lautréamont. Carducci no es más que un poeta de mitín, y de Lautréamont, Gómez de la Serna demostró que era un infeliz. Joyce parece ser que no lo es. Parece, porque aquí tenemos a un hombre del que todos tenemos que hablar por fuerza, sin ayuda posible, porque uno apenas pudo conseguir leer un trocito, traducido como a hurtadillas en alguna de esas revistas nuevas, sin que uno pueda conseguir, a menos que para ello se haga un viaje largo, no digo ya las obras completas, que es cosa de millonarios y de escogidos, sino ni siquiera unos fragmentos en inglés...

Existe mucho escrito sobre Joyce, y por lo que parece lo que más vale es lo que hizo Valery Larbaud, que sin duda es un hombre de verdadero espíritu, de inmensa lectura, y de un sentido seguro de modernidad.

A Joyce se le compara con Dante, con Shakespeare, con Rabelais, con Calderón, con Goethe y con Dostoyewski. Y quienes lo hacen son hombres como Yeats, Valery Larbaud, T. S. Eliot, Havelock Ellis, Ezra Pound, etc.

Y este éxito fue cosa repentina y unánime.

Los retratos que conocemos lo presentan con barba alrededor del mentón, y dejando, a los lados del labio inferior, dos espacios sin pelos. Tiene nariz ordinaria, las cejas fruncidas con un pliegue en el entrecejo, como signo de obstinación, de concentración del pensamiento y mal humor. Otro pliegue horizontal, muy bajo, indica espíritu maligno. Los ojos tienen una mirada penetrante. Y sin duda

un tipo cerebral, oscuro, lleno de misterio. Simone Tery, que habló con él, dice que aún teniendo un tinte rosáceo en toda su faz, con todo da la sensación de estar descolorido. Hay algo de engaño y de mentira en toda esta figura.

Dicen de Joyce que no se quiso arrodillar delante de su difunta madre. ¿Quién puede juzgar los sentimientos y los motivos de otro con seguridad? No obstante existen rencores que prueban que el Demonio no anda lejos.

James Joyce nació en Dublín, en 1882, de una antigua familia católica, genuinamente irlandesa. Se educó en el colegio de los jesuitas de Clongowes Wood, donde recibió una consistente cultura clásica: lengua y literatura latina y griega, filosofía griega y escolástica, teología, ciencias. Los jesuitas querían que entrase en la orden pero no lo consiguieron. Pasó a la Universidad de Dublín a estudiar medicina, y encontrándose su familia arruinada, tuvo que dar clases privadas para poder seguir con sus estudios. Por entonces empezaba el renacimiento irlandés mas Joyce rehusó seguirlo. Rechazó la religión, la lengua y el patriotismo irlandés. Escribió en contra del Teatro Nacional; atacó a un escritor a quien debía el pan: soberbio como el Demonio, ni estuvo al lado de los renacentistas irlandeses, ni con sus enemigos. Terminó por hacerse odioso para todos, y tuvo que huir.

“Yo no quiero servir a lo que no creo —dice— por más que eso se llame mi hogar, mi patria o mi iglesia... Y no tengo miedo a caer en el error, aunque sea grave, un error para toda la vida, aunque se trate para toda la eternidad.”

James Joyce es de los que se echan de cabeza al infierno sin remordimiento. Y dejó patria, familia, amigos —que pocos podían ser— y se exilió.

Se fue a París, y siguió estudiando medicina, y principalmente, filosofía, matemáticas, lenguas antiguas y modernas. Aprendió noruego para leer a Ibsen en idioma original; leyó a Aristóteles y a Santo Tomás. Luego abandonó la medicina y quiso ser cantante.

Luego volvió a Dublín, en donde se casó, en 1903; mas tuvo que marchar de nuevo, y anduvo por Europa adelante. Vivió estrechamente, y como pudo, en Roma, en Trieste y en Zurich, impartiendo clases de inglés, francés, alemán e italiano. En Zurich fundó una pequeña compañía de teatro y, envuelto en la nostalgia de la patria y reconciliado en parte con su renacimiento, hizo representar piezas del teatro nacional irlandés, contra el que había escrito anteriormente, traduciendo el mismo para esa compañía *Riders to the Sea* de Synge y *Countess Cathleen* de Yeats. Y volvió a Dublín, donde quiso abrir un cine, y por tercera vez volvió a marchar. En 1920 se estableció en París.

Joyce publicó primero un libro de versos: *Chamber Music* en 1907. Versos imagistas, muy apreciados en el mundo culto.

Dubliners es una colección de cuentos, tipos y escenas de la vida de Dublín, de forma naturalista, en donde gentes conocidas aparecen con sus nombres verdade-

ros. Son fragmentos de vida, en donde el autor muestra su maestría. Le costó mucho encontrar un editor para esta obra. Principalmente, le pedían que suprimiese, entre otros pasajes, algunos en los que hacía alusión a ciertos hechos de la vida privada del Rey Eduardo VII. Cansado de luchar, Joyce se decidió, y le envió los pasajes tachados a Jorge V, para que le dijera lo que pensaba sobre ellos. Desde Palacio le dijeron que la etiqueta no permitía al Rey responder a tal consulta. Por fin, encontró quien lo editara, mediante la supresión de aquel y otros pasajes, y aún así, el editor le exigió que depositara una fianza para responder de los procesos que iban a venir. Mas cuando pidió que le entregaran la edición supo que se había presentado un señor desconocido que la compró toda y la quemó allí mismo, excepto un ejemplar que le enviaron a Joyce. Por fin, en 1914 se publicó *Dubliners* en Londres.

En 1916 publicó *A Portrait of the Artist as a Young Man*, novela autobiográfica en la que estaba trabajando desde 1904, y en la que el autor aparece bajo el nombre de Stephen Dedalus, aislado, misántropo, callado, cavilando continuamente en el autoanálisis; triste, aborrecido. Es una novela sin acción, puramente psicológica. El símbolo es —o parece ser— Dédalo perdido en el Laberinto, que termina por huir. Cuenta su vida con los jesuitas, su crisis religiosa, su ansia de libertad.

Tampoco lo quisieron editar los editores ingleses. Una revista restringida a unos pocos, *The Egoist*, que se publicaba en Londres, la fue publicando en serie. En formato de libro se publicó en América. Después, en 1924, Ludmile Savitzky publicó una traducción francesa con el título *Dedalus*. Se hizo también una traducción sueca.

En 1914 escribió una pieza de teatro, *Exiles*, que se representó en Munich, y que fue publicada en 1918. El asunto es el siguiente: un intelectual irlandés, Richard Rowan, un apasionado de la verdad, se fue liberando de todas las servidumbres, y sólo le queda por romper la cadena de la moral. Su esposa no le ama, y tiene un amigo, Robert Hand, que la adora. Entonces, Rowan, que no quiere que su esposa esté con él a disgusto, se la cede a su amigo. De *Exiles* se realizó una versión al italiano.

Y llegamos a la obra capital de Joyce: *Ulysses*. Tampoco la quería publicar nadie. En Londres, Miss Harriet Weaver directora de *The Egoist Press*, se arriesgó a publicar algunos fragmentos en *The Egoist*. En los Estados Unidos, Ezra Pound, uno de los más famosos escritores de vanguardia y de los mejores amigos de Joyce, animó a Miss Margaret Anderson y Miss Janè Heap, que publicaban la *Little Review* en Nueva York, para que publicaran allí el *Ulysses*. Sin embargo, la “Sociedad para la supresión del vicio” en el momento que se percataron advirtieron a la revista en cuatro ocasiones, y, finalmente, recogieron ocho ejemplares y denunciaron a las directoras. Fue un asunto sonado en el que terció como defensor el gran abogado John Quinn, a pesar de lo cual las encausadas tuvieron que pagar

una multa de cien dólares, y se prohibió la publicación de *Ulysses*. Por fin, en París, Miss Sylvia Beach, que dirige una sala de lectura denominada Shakespeare and Company, emprendió la publicación, llevándola a imprimir al taller de M. Darantière, impresor de Huysmans, en Dijon. Ni siquiera había quien quisiese copiar el texto a máquina... Apareció, por fin, *Ulysses* el 2 de febrero de 1922. No obstante, en Inglaterra y en los Estados Unidos se prohibió la venta, y hubo que introducir los ejemplares de contrabando de uno en uno. Aún hoy no se consiente su venta. Sin embargo esto hizo que todo el mundo lo buscara, y las ediciones se sucedieron.

Ulysses es un volumen de 732 páginas en tamaño cuarto con letra pequeña. Tiene 18 capítulos, sin título y sin número. Contiene una novela que ni comienza ni termina, y que acontece toda en una jornada desde que un hombre se levanta de cama hasta que se acuesta. Los personajes principales son tres: Leopold Bloom, su esposa, Molly, y Stephen Dedalus. Bloom es un hombre cualquiera, un periodista que no tiene nada de particular. Molly Bloom es un ser elemental e inconsciente que vive por instinto. Stephen Dedalus ya sabemos como es. En los tres primeros capítulos se trata de Stephen Dedalus en las primeras horas del día. En los siguientes, de Bloom, a quien se va siguiendo en su casa, en la carnicería, de nuevo en casa, en la calle, en el baño, en un entierro, en la redacción de un periódico, en un restaurante, en la biblioteca pública, en un bar, en una playa, en un hospital de maternidad, en un prostíbulo, con Stephen Dedalus de nuevo, y otra vez en casa, donde despierta a su esposa, finalizando con el monólogo interior de Mrs Bloom.

Todo se cuenta con mucho detalle a pesar de que se trate de lo que otros silencian. Cuanto Bloom hace, dice, piensa, ve o siente en este tiempo, viene referido en la novela, y no visto desde fuera, sino desde dentro, tal como lo siente Bloom: es el flujo de la conciencia de Bloom, lo que está referido. Pronto todo Dublín está presente en la novela: calles, casas, gente, vida. El flujo de la conciencia aparece allí con sus interrupciones y con su entrecruzamiento de cosas distintas tal como es.

Cada capítulo tiene un estilo diferente, según las necesidades de la escena. Algunos son en forma dramática, en forma de catecismo, en otros introduce artículos periodísticos, poesías, etc. Lo más destacable es el monólogo interior, que es la gran novedad de Joyce, por la que los surrealistas franceses lo tienen como precursor.

La lengua es pintoresca y rica, con muchos vocablos extranjeros, inventados, compuestos, y todos los recursos que uno pueda imaginar.

El mismo Joyce confiesa que fue la *Odisea* lo que le sirvió de modelo. Los capítulos de *Ulysses* se corresponden con los cantos de la *Odisea* y además, según Valery Larbaud, tiene cada uno su simbolismo especial, correspondiendo con una parte del cuerpo, una hora, un color, etc. Por ejemplo, el capítulo IV sucede en una

redacción, y las correspondencias son: parte del cuerpo, el pulmón; arte, la retórica; color, rojo; técnica, el entimema; título, Eolo; hay un personaje que corresponde a Eolo de Homero, y a la isla flotante de Eolo y a la prensa...

Así es la obra, quizás la más sonada en nuestro tiempo.

¿Y del irlandesismo de este descastado, qué vamos a decir? Pues tenemos que decir que padece en el destierro la obsesión por Irlanda. Que todas sus obras tratan de Irlanda, acontecen en Irlanda, y sus personajes son irlandeses. Que no pierde de vista su tierra, que se entera de cuanto sucede en ella, que lee todos los días los periódicos de allá, que cuantos papeles lleva en el bolsillo se refieren a ella. Que quien quiera hacerle hablar, tiene que hablarle de Irlanda. Que él es triste, desgraciado, exiliado... Por último, que su espíritu es profundamente irlandés: irlandés por su rebeldía, por la exageración, por la pasión, por el humorismo, por el ansia de misterio, por la rareza, porque no se asemeja a nadie...